Ateneo de Valencia

Tertulia sobre "Crisis de espiritualidad y religiosidad en el hombre actual”

6 de noviembre de 2014

Invitado: José Cascant (Sacerdote en Parroquia de San Agustín, Valencia)

Toda la historia de la humanidad ha estado llena de crisis de valores. Por tanto, no hay que preocuparse especialmente por la actual crisis. Porque es connatural al ser humano la existencia de conflictos, ya desde Caín y Abel ocurre esto, los hermanos de José lo venden, Jesús es ejecutado por sus compatriotas los judíos, etc. etc.. Pero hay otros múltiples ejemplos de conflictos fuera de la religión: César, Napoleón, Kennedy, etc.

El ser humano está impulsado por afanes de individualismo, o contrariamente de absolutismo. Lo bien cierto es que no dejamos vivir a los demás. La relación hombre-virtud es muy difícil llevar a término. Las 52 virtudes existentes no se llevan a la práctica a lo largo de la vida de cada uno. Es algo realmente difícil. Pero, además, en la actualidad la vida está vacía de contenidos, muchas veces por la falta del debido consenso o compromiso, o bien por apatía o dejadez en relación con lo que los demás nos dicen. Así, en términos generales, la gente no suele comprender o entender a los sacerdotes que les predican, muchas veceds porque éstos no se hacen entender bien. Es muy difícil entenderse, por lo que es igualmente difícil llegar a algún consenso, cosa que evitaría la crisis.

Pero la Iglesia tiene la solución, aunque es rechazada por casi todos. No es una solución más entre otras posibles. Sino que es la única solución posible. La esencia de la Iglesia hace que la única solución esté en Cristo. Pero esto exigiría que todos nos convirtiésemos y aceptásemos su doctrina: dar la otra mejilla, no reclamar por nuestros derechos en nuestra condición de creyentes, y otras enseñanzas situadas en la misma línea cristiana.

Joseph Ratzinger ha sido una gran lumbrera en relación con la crisis al aportar algunos principios fundamentales. Se refiere a la indiferencia religiosa, como si Dios no existiese, manteniendo una religiosidad vaga. Además, está el hedonismo, la pornografía que produce un grave malestar social con un grave ataque a la familia, y centra su atención en la familia. El único modo de hacer desaparecer la crisis es mediante la reevangelización de la familia, de los sacerdotes y fomentar la adoración de Dios a través de la Eucaristía. Ha habido, pues, un descuido familiar y un descuido clerical. La Iglesia ha hecho mucha moralina, pero poca catequesis. No se ha transmitido correctamente el mensaje que la Iglesia debería transmitir, lo esencial de la doctrina de la Iglesia.

En 1999, Juan Pablo II resaltó su preocupación por los valores morales que se estaban perdiendo en España, diciéndoselo a los Obispos de Valladolid y de Valencia, y destacando que por el turismo y la mediterraneidad Valencia había sido especialmente pasto de esa pérdida de valores.

Esta actual crisis tiene un grave componente ético, porque aparecen rasgos comunes como la arrogancia, la codicia, la injusticia, la mentira, el fraude. Todo esto se llama corrupción, que es la síntesis de todos esos defectos. Porque quien actúa así no tiene conciencia de pecado original, y además ofende a quien se comporta adecuadamente, respetando a los demás.

Es indudable que la Iglesia es una reunión de pecadores que aman a Cristo. Ahora bien, los pecados son de cada uno en su conexión con Dios. Pero lo dañoso es cuando con el pecado se causa daño a otro. Ahí está lo doloroso de nuestra conducta. Al final, lo importante está en la conducta que cada uno decide a nivel individual, no como algo colectivo. Quien ha de resolver la crisis ha de ser cada uno de nosotros en nuestras respectivas actividades, transformando así a la sociedad. Esto es una empresa ardua, difícil y larga. Quizá dentro de 50 o 70 años habrá una nueva crisis, y de nuevo habrá de ser cada uno quien habrá de ayudar a salir de la crisis. Cada uno ha de dar a su trabajo individual en sentido sobrenatural, tratando de que su dignidad sea respetada.

La crisis económica no es más que una proyección de una crisis de valores, de una falta de conciencia moral. Hay un olvido de Dios, de los valores que representa, quizá el hombre actual está sufriendo una debilitación de su creencia en Dios y en sus valores. El ser humano tiene una tradición en modos y costumbres católicas, pero no asume las esencias religiosas, y si esto es así, va a ser muy difícil lograr superar definitivamente la crisis.